

# La gran familia Baterías.

Puede que al abrir el sobre esperen amigos del jurado un relato sobre alguno de los grandes nombres relacionados de una manera u otra con la Academia de Artillería, esta vez no será así. Pero estoy seguro de que otros participantes en este concurso lo harán mucho mejor; se habrán documentado en la histórica biblioteca de la Academia que alberga ejemplares e incunables que son auténticos tesoros y harán en sus páginas una mirada a un pasado lejano al que es un privilegio regresar y quedarse un buen rato siempre y cuando uno sepa encontrar el camino de vuelta al presente.

Yo en cambio voy a hablarles de una de las familias más numerosas que han pasado por la Academia de Artillería, y permítanme que en mi relato la formen no solo militares sino también sus familiares. Hablo de la gran familia de Baterías, esa que durante décadas nos hemos reunido cada verano para pasar mañanas, tardes y noches entre risas, deporte, comidas y sobre todo la mejor compañía, la que ofrecía cada uno de los socios que en cuanto llegaba el verano ansiaba escuchar la noticia esperada: ya podíamos recoger los carnets e ir a bañarnos, a comer, a jugar al fútbol, a las cartas, al dominó, a tomar el sol o a jugar una partida de dominó que se alargaba hasta las tantas de la noche.

Pasen y acompáñenme en este paseo en el que muchos al terminarlo sonreirán recordando aquel tiempo ya lejano que sin duda fue mejor.

Sonó el timbre en clase. Aquel aviso, tan escuchado a lo largo de todo el curso, para mí tenía un melodía especial el último día. Sí, sé que era el habitual, pero juraría que había en él notas especiales, las que me decían que hasta dentro de tres meses no tendría que volver a pisar el colegio. Faltaban las notas finales para que la alegría fuera completa, pero sospechaba de que la ley del mínimo esfuerzo a la que me aferraba año tras año me seguiría dando beneficios en forma de pleno de aprobados. 'Puedes hacer mucho más', me dirían mis padres cuando las vieran, y yo afirmaría asegurando que al año siguiente sería el bueno, y transformaría esos seises en al menos notables. En verdad lo que esperaba era que la promesa se fuera diluyendo con el tiempo.

El calor hacía su aparición y en la ciudad las Fiestas de San Juan y San Pedro se celebraban entre ferias, concursos de tapas y conciertos por la noche. Ir a las ferias situadas en el descampado de la Nueva Segovia con los amigos tenía un componente de tradición; era cerrar el curso oficialmente con ellos entre atracciones con las que inocentemente creíamos desafiar al peligro, nubes de algodón y búsqueda de las chicas de clase con la esperanza de que el sol les hubiera afectado y nos hicieran caso a nosotros y no a los de dos o tres años más, ya con barba y sin hora de llegada por las

noches. Y es que los comienzos de la adolescencia no eran más que una suma continua de esperanzas sin consumir.

A finales de junio mi padre me daba el gran tesoro que llevaba días esperando: 'toma, tu carnet para Baterías, no lo pierdas'. ¡Antes perdería la cabeza! Aquella tarjeta, con el escudo de la Academia de Artillería, mi foto y nombre y el número de socio, era todo lo que necesitaba para los tres próximos meses. Cuando mis amigos del colegio me decían 'qué mala suerte, no tienes pueblo en el que pasar el verano', yo me reía y contraatacaba con un 'mala suerte vosotros, que no podéis ir a Baterías'.

El primer día entraba con solemnidad. Era el estreno del verano y septiembre queda borroso en mi mente, como si nunca fuera a llegar. Enseñaba al soldado de la puerta el carnet con seguridad, ni siquiera los segundos que tardaba en corroborar que era verdadero me ponían nervioso. Después pasaba el segundo control en el puesto del socorrista que controlaba los accesos: había años que cambiaban y otros se mantenían los mismos. Prueba superada, estaba dentro.

Los coches y las bicicletas, cada uno en su correspondiente aparcamiento, eran las primeras señales de vida en Baterías. Ya estaba todo preparado para que la pista de arena negra se convirtiera en el mejor circuito del mundo: daba igual que años atrás todos hubiéramos probado el sabor de la tierra al caernos estrepitosamente en alguna carrera con rivales o con nosotros mismos, ambas igual de competitivas. Empezaba el verano y volveríamos a correr, y a caernos, y a levantarnos, y a llorar de dolor alguna vez, por qué no decirlo, y a lucir con orgullo las heridas en las piernas y los

codos... y las costras que tardarían en caerse y que no dejaban de ser improvisadas medallas.

En el bar los más madrugadores tomaban sus primeras cañas acompañadas de torreznos o almendras fritas, después rodeé el comedor. Subí las escaleras: el sol pegaba con fuerza y ni en las canchas de fútbol y baloncesto ni en el frontón había gente. En cambio sí en la pista de tenis, en la primera, en la que el suelo estaba liso y no convertía la pelota en un misil que al botar en el suelo tomaría la dirección equivocada. Ya en aquella zona se escuchaba el griterío, la alegría y el chapoteo de los que estaban en la piscina. Los más rápidos habían conseguido sombrilla y los tardones se conformarían con el sol o se irían a alguna de las dos zonas de césped con árboles que evitaban con sus sombras las primeras quemaduras en la piel.

Llegar a la piscina suponía dedicar unos minutos a saludar a todas las familias, porque todas eran conocidas, amigas. Cumplido el trámite nos poníamos los amigos juntos, sacábamos los bañadores y nos dirigíamos a los cambiadores, nuevamente saludando a quien se cruzaba en nuestro camino como si fuera el pasillo de casa. Imposible no dedicar previamente una mirada a las esquinas del techo de los cambiadores esperando encontrar la araña más grande: decepcionante era cuando no había una con la que De la Quadra Salcedo se hubiera sentido orgulloso de nosotros. Después era obligatorio dar un trago en la fuente gris situada abajo, junto a las escaleras, esa de la que todos afirmábamos con certeza que el agua sabía a lápiz pese a que ninguno hubiéramos tenido el gusto de comernos nunca uno.

Bañarse era un ritual de bombas, pinos, ahogadillas, salpicaduras a quien estuviera seco y anduviera por el bordillo, volteretas, partidos de

voleibol en la piscina pequeña en la que apenas nos llegaba el agua por las rodillas en su parte más baja y en los que poníamos en juego la crisma cada vez que nos tirábamos para atrás. Los mayores protestaban por el poco cuidado que poníamos, pero era parte de un trato invisible: ellos enfadarse levemente y nosotros prometer que no lo haríamos más.

Fuera del agua los adultos hablaban de sus cosas, pero nos daban igual, su mundo seguro que era aburrido, como aburridas eran las normas por las que todo hijo de militar teníamos que pasar: no bañarse antes de haber hecho la digestión (dependiendo de la familia el plazo era de una hora y media en el caso de los más generosos y dos horas en el de los más precavidos), no estar con las bicis o en la cancha de fútbol sala en las horas en las que el sol pegaba con más fuerza, si jugábamos en alguna zona y venían los mayores debíamos dejarles el sitio, y sobre todo la más importante: estaba prohibido adentrarse en la zona militar. Aquel espacio no era para nosotros. Escuchar la palabra prohibido convertía aquella parte de Baterías en algo realmente apetitoso a pesar de la amenaza de castigo que sobrevolaba nuestras cabezas en caso de ser descubiertos en alguna incursión a esa parte delimitada. Nos saltábamos la norma con cierta frecuencia, la misma con la que algún soldado nos descubría y nos llevaba de vuelta a nuestro sitio, pero rara vez se chivaban y todo quedaba en un toque de atención que sonaba celestial al no llegar a oídos de los padres. El único lugar ciertamente restringido donde alguna vez íbamos sin miedo era a ver y dar de comer a los pastores alemanes que vigilaban detrás de las cabañas: Charly, Zar, Thor, todos con sus casetas antaño blancas y sus placas en la pared de piedra.

En el comedor nos juntábamos todas las familias a partir de las dos y media. El olor de la comida que preparaban Julián y su equipo llegaba hasta la piscina; era hora de cambiarse de bañador e ir a reponer energías. A veces pasábamos primero por el bar a tomar un refresco, todas las mesas estaban ocupadas por los mayores leyendo el periódico o disfrutando de una cerveza fría y de una buena conversación. Los domingos era el día de paella y la cola que se formaba para coger la ración llegaba hasta las escaleras. Había para todos, pero tocaba esperar. Cogíamos la bandeja, el aperitivo, el plato principal, el pan, la bebida, el postre... y girábamos la cabeza buscando un hueco para sentarnos. Daba igual que no fuera con nuestra familia, todos eran conocidos y se recibía a cualquiera con agrado. Quién en ese breve trayecto entre el puesto de comidas y la mesas no tuvo miedo alguna vez de tirar la bandeja al suelo y ser el centro de atención de todo el comedor: más de una vez pasó, reírnos era casi una obligación, pero con prudencia porque podríamos pasar de verdugos a víctimas al siguiente domingo.

La sobremesa la pasábamos protegidos del sol por los tejados de caña. Algunos se iban a sus casas a echar la siesta; a media tarde volverían, otros se reunirían para echar las primeras partidas de la tarde, con que hubiera cuatro jugadores bastaba para un mus o un dominó en el que no podía faltar el sonido de las fichas golpear con vehemencia la mesa antes de ser depositadas en el centro. Los jóvenes mirábamos los relojes y hacíamos tiempo hasta que pasaran las malditas horas de la digestión y pudiéramos volver al agua. Y no había mejor manera que encendiendo la tele del comedor y ver cada etapa del Tour de Francia como si de una final del Mundial se tratase. Aceptamos resignados que nuestro querido Perico

Delgado ya no podía más y le dimos toda la confianza a un navarro llamado Miguel Induráin al que jaleábamos juntos cada tarde de julio mirando a esa tele situada en las alturas que nos obligaba a alzar la cabeza. Terminaba la etapa y aquella coalición de mayores y pequeños se desintegraba hasta el día siguiente: nosotros por un lado, ellos por el otro. Ya solo volveríamos a querer saber de ellos cuando tuviéramos que pedirles dinero para la merienda o para recoger los bocadillos traídos de casa.

Volvíamos a la piscina y le quitábamos unos minutos al reloj para bañarnos, hacer unos largos, secarnos y echar un partido de fútbol sala en la pista de suelo verde, partido que sabíamos a qué hora empezaba pero no cuándo acababa, podía eternizarse horas porque no entendíamos de cansancio. Solo necesitábamos ser diez, echar a pares y nones la composición de los equipos y tener un balón que curiosamente siempre traía el mismo. A unos metros el veterano Gonzalo daba raquetazos en el frontón esperando compañía y ser cuatro para jugar su propio campeonato; las pistas de tenis se llenaban de 'Brugueras y Sánchez Vicarios' intentando con mayor o menor éxito perfeccionar la técnica.

Cada tarde era una pachanga futbolera nueva, el que había sido compañero el día anterior pasaba a rival. Llevábamos las camisetas de nuestros equipos preferidos que nos terminábamos por quitar por el calor. Había caídas, enfados, empujones, polémicas, faltas que no eran... y al terminar nuevamente éramos los mejores amigos del mundo listos para hacernos con el mejor trofeo posible, el último baño del día ante la mirada del socorrista que revisaba su reloj esperando el momento soñado de terminar su jornada laboral.

Los mayores mientras tanto hacían un fugaz recuento: sus hijos e hijas allí seguían. No había para ellos lugar más seguro y de confianza que Baterías, y si tenían que salir de recinto a algún recado, daba igual que el chaval tuviera ocho, diez, doce o catorce años: estando allí nada malo podría pasarles y podían quedarse jugando. Y cuando invitábamos al hijo de algún civil por primera vez se queda sorprendido, quizás pensaba que nos dedicábamos a desfilas a todas horas y que los padres eran personas aburridas y muy serias. Nada de eso encontraban en Baterías...

La terraza del bar rebosaba vida. Los adultos cada día se ponían en una mesa con unos amigos diferentes, y nosotros, los jóvenes, nuevamente pasábamos en desfile por los pasillos de las terrazas saludando a unos y a otros con el objetivo final de hacernos con un inmenso bocadillo que era la recompensa a una tarde de deporte aún si acabar: quedaba tiempo para coger las bicis y jugar a ser Induráin por la antes mencionada pista negra. Los niños que correteaban por la zona de las bicis hacían un parón en sus juegos cuando escuchaban por megafonía el aviso de la bajada de bandera, y como un ritual sagrado corrían para ver cómo la enseña nacional era recogida.

Cada grupo en función de la edad tenía una zona conquistada para las tardes noches: las hamacas, las tribunas, los columpios, la cuesta del campo de tiro... los que sobrepasaban la mayoría de edad o los que la rozaban nada querían saber en esos ratos de sus hermanos pequeños por si se chivaban de alguna fechoría o peor aún, de un lígüe de verano, y todos respetábamos el espacio aunque de vez en cuando nos diera por espiarlos. El día terminaba con un grito de los padres avisando de que era la hora, se escuchaba en todo

el recinto y le seguía una respuesta resignada de los hijos que consideraban que debían quedarse un rato más... pero no importaba porque a día siguiente habría una nueva aventura por descubrir, muy parecida a la anterior pero con algo especial que la volvía diferente.

Así pasábamos el verano hasta que septiembre nos traía las primeras tormentas traicioneras y los días más cortos. El calendario parecía achicarse y el comienzo del curso nos acechaba, pero antes celebrábamos en Baterías el campeonato de natación, la *hamburguesada*, la competición de baloncesto en el que mayores y pequeños compartían equipo y donde apenas nos dejaban jugar unos minutos sin apenas tocar el balón, la entrega de medallas con su correspondiente *merendola*, la cena fin de verano para los padres no apta para menores...

Y así vivimos los veranos aquellos que convertimos Baterías en nuestro refugio. Tarde o temprano llegaba la mala noticia: el domingo cierran la piscina y a partir del 15 de septiembre tampoco se podrá ir por las tardes. Las bicicletas se iban recogiendo, las hojas empezaban a invadir el agua de la piscina, las chaquetas sustituían a los bañadores, los amigos poco a poco dejaban de venir, formar equipos para un partido de fútbol se convertía en un imposible y los padres empezaban a hablarnos de ir a buscar los libros de texto para el siguiente curso. Llegaba el otoño y todos volvíamos a la rutina, cada uno con sus compañeros de clase, pero sabíamos que al año siguiente volveríamos a disfrutar del mejor verano de nuestras vidas.

Y ahora que han pasado los años y que Baterías ya no es punto de encuentro veraniego para tantas familias militares, quedan los recuerdos compartidos, imborrables todos ellos, y el agradecimiento a quienes año tras

año se encargaron de sacar adelante este proyecto y de hacer de nuestros veranos la mejor aventura del mundo.

**¡Largo recuerdo a Baterías y a sus familias!**